

Cómo salir adelante cuando las cosas salen mal

1ª Samuel 18 - 23



Hacía frío y era húmedo en la cueva. La humedad se recogía en el techo de esta, y después chorreaba al duro y frío piso. David tiró de su capa para apretarla contra los hombros, y se estremeció de frío. Dolores de hambre le carcomían su estómago. Pero el frío más álgido, no obstante, no lo sentía en su cuerpo, sino en su alma; el hambre más dolorosa no era la de alimento, sino la de compasión y cuidado. El único delito que David había cometido era haber hecho todo lo posible por que las cosas salieran bien, y haber confiado en Dios; y a pesar de esto el amor de Saúl se había convertido en una enfermiza envidia. Ahora David era una presa a ser cazada —y estaba completamente solo.

En aquella oscura y húmeda madriguera, David comenzó a cantar. Su voz aguda y clara, suave como el viento y cargada de emoción, llenó la cueva. Cantó acerca de su soledad, sus oraciones y su fe. El cántico que salía de la cueva de Adulam fue conservado para los que vivimos hoy día, en la forma del Salmo 142. El vacío de la cueva y el anhelo del corazón de David han resonado a través de los años:

Con mi voz clamaré a Jehová;
Con mi voz pediré a Jehová misericordia.
Delante de él expondré mi queja;
Delante de él manifestaré mi angustia [...]
En el camino en que andaba, me escondieron lazo.
Mira a mi diestra y observa, pues no hay quien me quiera conocer;
No tengo refugio, ni hay quien cuide mi vida (Versos 1-4)

Es posible que muchos de nosotros nos podamos identificar con David. Puede que las cosas hayan salido mal en la vida de uno —y uno cree que a nadie le importa. Da miedo, ¿verdad que sí?

La pregunta que estamos haciendo es «¿Cómo podemos salir adelante cuando las cosas salen mal?». En esta lección seguiremos con nuestro estudio del período en la vida de David cuando él fue un fugitivo que huía del rey Saúl. Al observar cómo David salió adelante, tal vez podamos ver la manera como nosotros también saldremos. Hagamos notar diez consejos acerca de lo que debe y no debe hacerse para salir adelante cuando las cosas salen mal.

I. NO SE SORPRENDA DE QUE LAS COSAS SALGAN MAL (18:1—20:42)

El primer consejo es: «No se sorprenda de que las cosas salgan mal». Lo ampliaré para decir: «No se sorprenda de que las cosas salgan mal —aun cuando usted ha hecho todo lo posible por que salgan bien». Lo ampliaré aún más: «No se

sorprenda de que las cosas salgan mal, aun cuando usted ha hecho todo lo posible por que salgan bien —y Dios no se ha apartado de usted un sólo momento».

La anterior afirmación les parecerá extraña a algunos. Puede que pensemos: «¡Ciertamente si uno hace todo lo posible por agradar a Dios, las cosas no tienen por qué salirle mal !». Me temo que lo que afirmé en el párrafo anterior es cierto. La vida de David es prueba de ello.

En la lección anterior, avanzamos rápidamente por una serie de eventos con el fin de analizar los pasajes sobre la amistad que unía a Jonatán con David. Devolvámonos y analicemos otra vez tales eventos y comprobemos que aun estando Dios en todo momento con David, las cosas no salían bien. Recordará usted que después que David mató a Goliat, él fue invitado a formar parte de la casa real. Saúl era su mentor y más grande admirador. David todavía cantaba para Saúl en las tenebrosas horas de depresión que sufría el rey. Era el paje de armas y guardaespaldas personal de Saúl. Saúl podría haber pensado que «¡David podía matar gigantes, podía derrotar a cualquier otro!». David fue ascendido a comandante del ejército de Saúl. Era popular y muy conocido.

Después, no obstante, las mujeres cantaron un cántico que suscitó el odio de Saúl: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles» (18:7). Ninguna falta de respeto hacia Saúl había en este cántico. Tanto «miles» como «diez miles» eran formas poéticas de dar a entender «grandes cantidades». En el paralelismo de la poesía judía, los dos superlativos significaban lo mismo. De hecho, a Saúl se le estaba honrando más que a David, al mencionarse su nombre primero. Si Saúl hubiera sido más maduro y no hubiera adolecido de tanta inseguridad, se habría dado cuenta de esto. Pero Saúl no era maduro y adolecía de inseguridad, por lo tanto leemos:

Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino. Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David (1ª Reyes 18:8—9).

El monarca se convirtió en un maníaco, que se llenó de un temor totalmente infundado (tres veces dice el capítulo 18 que Saúl estaba temeroso de David). Dos veces trató Saúl de enclavar a David con una lanza en la pared, mientras David tocaba la lira para él. Ascendió a David de rango en el ejército, pretendiendo honrarlo con ello, pero en realidad esperando que fuera muerto en batalla. Saúl ideó varias estrategias para cumplir la promesa que había hecho de dar su hija en matrimonio al que matara a Goliat. Ofreció primero a su hija mayor Merab, a David. Cuando David modestamente rehusó diciendo que no era digno del ofrecimiento, Saúl dio a Merab a otro. Cuando Saúl se enteró de que su hija más joven Mical amaba a David, pensó: «Se la daré, para que le sea por lazo» (1ª Samuel 18:21). La palabra «lazo» es traducción de la palabra hebrea que se refiere al dispositivo con que se acciona una trampa que tiene su cebo en ella. ¡Mical sería el queso de la ratonera de Saúl!

Cuando Saúl le ofreció a Mical a David, éste respondió: «Soy un hombre pobre» (18:23). En otras palabras, no podía pagar la dote. En vista de que David había matado a Goliat, Saúl debía haberlo hecho rico y haberle dado una de sus hijas sin que tuviera que preocuparse por pagar dote alguna (1ª Samuel 17:25) —pero Saúl no había cumplido su palabra. Ahora Saúl decía: «Pero si yo no deseo dinero. Todo lo que pido es que me traigas prueba de haber matado a cien filisteos». Saúl esperaba que David fuera muerto en el intento. La propuesta atrajo al espíritu aventurero de David, por lo cual atacó con sus hombres a los filisteos y trajo prueba, no de cien muertes, sino de doscientas. Saúl no tuvo otra opción que darle a Mical a David.

La frustración de Saúl se acumulaba gradualmente. Al principio era sólo Jonatán quien estaba del lado de David; ¡ahora Mical también estaba del lado de éste! A la manera de verlo Saúl en su paranoia, David había hecho que sus propios hijos se volvieran en su contra. Era más de lo que Saúl podía soportar. «Y fue Saúl enemigo de David todos los días» (18:29). En la NIV se lee: «Siguió siendo Saúl enemigo de David el resto de sus días». ¿Puede usted imaginarse lo que es tener un suegro que lo quiere ver muerto a uno? ¿Por qué asienten algunos de ustedes con la cabeza?).

Hicimos notar en la lección anterior que Saúl ordenó a Jonatán y a sus funcionarios que mataran a David, pero Jonatán intercedió por su amigo y hubo una breve tregua en los esfuerzos de Saúl por eliminar a David. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que Saúl olvidara su promesa de no matar a David, y nuevamente arrojó su lanza a David. 1ª Samuel 19:10 dice: «Y David huyó, y escapó aquella noche». Las palabras «huir» y «escapar» resumen la vida que vivió David lo> diez y tantos años que siguieron; son palabras con las cuales nos encontraremos una y otra vez en el texto. David había hecho todo lo posible por que las cosas salieran bien; había sido bendecido por Dios; pero aún así las cosas salían mal.

David huyó primero a su casa y dijo a su esposa Mical lo que había sucedido. Como ella conocía a su padre más que David, Mical le dijo a su esposo que no tenía tiempo que perder. Segura de que la casa era vigilada Mical descolgó a David por una ventana. David no volvió a tener la oportunidad de volver a esta casa ni al amor de Mical. Las cosas se estaban poniendo peor.

Procurando que David tuviera más tiempo para alejarse, Mical puso una estatua sobre la cama, y le acomodó por cabecera una almohada de pelo de cabra, y la cubrió con la ropa. Les dijo a los mensajeros de Saúl que David estaba enfermo. Cuando el engaño fue descubierto, David estaba con Samuel en Ramá, donde el anciano profeta vivía. Samuel llevó a David a Naiot, la colonia de los profetas de la ciudad, donde David pudiera hallar refugio. Cuando Saúl se enteró de que estaba allí, envió a un grupo de homicidas, pero Dios protegió a David. Cuando los hombres de Saúl irrumpieron sobre los profetas, Dios envió su espíritu sobre ellos

y comenzaron a profetizar. Saúl envió dos grupos más —y obtuvo el mismo resultado.

Podemos ver una pizca de comicidad en esta escena. Se podría comparar con una docena de matones en chaquetas de cuero, con nudillos de bronce, y cadenas de bicicleta, que irrumpen en el culto de una iglesia, con intenciones de matar al predicador. De repente — ¡pum!— una graciosa sonrisa se les dibuja en sus rostros, toman un himnario y comienzan a cantar a gran voz «Cuán asombrosa gracia».

Saúl no entendía qué podía estar sucediendo, así que vino personalmente a investigar. Cuando llegó a los profetas, no obstante, Dios lo redujo a la indefensión, enviando nuevamente Su Espíritu. ¡El capítulo acaba narrando la ridícula escena de Saúl profetizando mientras yacía desnudo todo un día y una noche (19:24)! Obviamente, Ramá no era lugar seguro, y, una vez más, David tuvo que huir. No volvería a ver jamás a su mentor, Samuel. Las cosas se estaban poniendo aún peor.

Como hicimos notar en la lección anterior, David huyó después hacia donde moraba Jonatán. Imagínese la frustración que debió de haber manifestado en su voz, al clamar a su amigo, diciéndole: ¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi maldad [...]?» (20:1). Cuando las cosas le salieron mal a usted, tal vez usted, también clamó: « ¿Qué he hecho para merecer esto?». El punto es que David no había hecho nada para merecer el odio de Saúl —y aún así las cosas salían mal.

Cuando Saúl trató de matar a Jonatán, ya no quedaba duda: Saúl no descansaría mientras David estuviera vivo. Los dos amigos se despidieron con lágrimas. Las cosas se pusieron aún peor.

Reiterando lo dicho, hago hincapié en que

- 1) David estaba haciendo todo lo posible —física y espiritualmente— para que las cosas salieran bien, y
- 2) el Señor estaba con él en todo lo que hacía. Aun así las cosas salían mal.

Si así sucedía al varón cuyo corazón era conforme al corazón de Dios, también puede sucederle a usted. Puede que siendo uno anciano, diácono, predicador o maestro de clase bíblica —sus hijos caigan en las drogas y destrocen su corazón. Puede que uno sea un esposo o esposa amoroso, que hace todo lo posible para que el matrimonio tenga éxito, y aun así su cónyuge le deja por otro. Puede que uno sea un honrado hombre de negocios cristiano, que hace todo lo posible para que su negocio tenga éxito, y aun así lo pierda todo. Puede que uno sea un cristiano fiel, que entrega su corazón y su alma al servicio de Dios, y que aun así el doctor le diga: «Sólo te quedan tres meses de vida».

No me entienda mal. Ser un cristiano fiel aumentará las probabilidades de que tengamos un sólido matrimonio, un hogar feliz e incluso seguridad financiera y buena salud. Necesitamos entender, no obstante, que aun los hijos fieles de Dios

no están exentos de que las cosas les salgan mal. No se sorprenda de que las cosas salgan mal.

II. NO SE SORPRENDA DE QUE AL PRINCIPIO ACTÚE INSENSATAMENTE (21:1—22.1)

Piense un momento en esta pregunta: ¿Por qué huyó David? Había enfrentado leones y osos. Había enfrentado a Goliat. Había ganado muchas batallas contra los filisteos; era, de hecho, un héroe militar. ¿Por qué, entonces, no se enfrentó a Saúl en lugar de andar huyendo para salvar su vida? Permítame insinuar que se debía a que por primera vez en su vida no sabía cómo manejar la situación. Hasta ese momento de su vida, la manera como había respondido a la oposición era matando a los opositores. Mató a los leones y a los osos. Mató a Goliat. Mató a los filisteos. Pero a Saúl, por ser el rey ungido de Dios, no podía matarlo. Como no sabía qué hacer, David huyó.

Es interesante notar que cuando David comenzó su vida como fugitivo, huyó desesperadamente, sin mucha dirección ni propósito, cometiendo algunas verdaderas insensateces.

Primero viajó al sur unos tres kilómetros hasta Nob. El tabernáculo había sido reubicado allí después de la destrucción de Silo; se había convertido en un pueblo de sacerdotes y sus familias. David no tenía alimentos ni armas, y tal vez pensó: «Los sacerdotes son buenos para regalar cosas». Cuando llegó allí, no obstante, el primero con quien se encontró fue con el sumo sacerdote Ahimelec, un sacerdote que tenía fuertes vínculos con Saúl. Ahimelec se inquietó cuando vio a David.

David había venido a menudo al tabernáculo en el pasado, pero siempre le acompañó una comitiva real o un grupo de soldados. Ahora venía solo. Para salvarse a sí mismo y obtener ayuda, David se inventó una colosal mentira, diciendo que Saúl lo había enviado en una misión ultrasecreta. El sacerdote le dio a David cinco panes de la proposición, la única clase de pan que había disponible. Más adelante, le dio la espada de Goliat que estaba en exhibición en el tabernáculo. Conspirando y mintiendo para obtener lo que quería, ¡David estaba actuando más como Saúl que como el varón conforme al corazón de Dios!

Mientras David hablaba a Ahimelec, notó con inquietud que allí estaba Doeg el principal de los pastores de Saúl. (Guarde este dato para más adelante.)

Apenas pudo, David salió otra vez. Esta vez viajó 48 kilómetros en dirección sudoeste hasta Filistea, llegando a la ciudad de Gat. David se dio cuenta de que debía de temer más a Saúl que a los filisteos. (¡Lamentablemente, a menudo sucede que tenemos más temor de nuestros «hermanos» que de nuestros «enemigos»!) ¡Fue a buscar asilo a Gat, lo cual era una acción verdaderamente insensata! ¿Recuerda usted de dónde era Goliat? ¡Nada menos que de Gat! ¡He aquí que David —el que mató a Goliat, el que mató a doscientos filisteos y los mutiló para pagar la dote por Mical, el que mató a tantos filisteos en batalla que la

gente cantó: «David mató a sus diez miles»— entró dando grandes pasos al centro de Filistea, y con osadía marchó a la ciudad natal de Goliat (con la espada de Goliat colgada de la cintura), y preguntó por el rey!.

¡Tal vez David pensaba que podía pasar desapercibido, pero su cabello rojo lo volvía inconfundible! Los siervos de Aquis conocían incluso la canción que ocupaba el primer lugar del hit parade israelita: «Saúl mató a sus miles, y David a sus diez miles» —es decir, diez mil filisteos. ¡David debió de haber sido el primero en la lista de «los más buscados» de Filistea!

Arrestaron a David, y se llenó de pánico. «Y cambió su manera de comportarse delante de ellos, y se fingió loco entre ellos, y escribía en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba» (21:13). ¡El escogido de Dios, el próximo rey de Israel, estaba actuando como un loco!

Aquis se disgustó. «¿Acaso me faltan locos, para que hayáis traído a éste que hiciese de loco delante de mí ?» (21:15). Dejaron que David se fuera. (Muchos antiguos creían que los locos habían sido tocados por los dioses y que no se les debía hacer daño)

Este incidente me produce sentimientos encontrados. Admiro la rapidez con que pensó David —y David le dio al Señor la gloria por rescatarlo — sin embargo, si David no hubiera pensado tan torcidamente en un principio, él no se habría encontrado en una situación en la que se vio obligado a fingirse loco para salvarse. Me causa tristeza ver al ungido de Dios poniendo los ojos en blanco - desvariando y emitiendo frases sin sentido... hundiendo sus uñas en la madera de las puertas y usando sus dedos como si fueran un rastrillo, llenando de saliva su barba.

¿Cuánto más bajo podía caer David? Casi que lo único que le faltaba a David era encontrar un hoyo en el cual meterse a gatas —y eso es exactamente lo que hizo. De Gat, David corrió a refugiarse en la cueva de la cual comenzamos hablando en esta lección: la cueva de Adulam.

Adulam era una ciudad de Judá, que estaba a medio camino entre Gat y Belén. Es una zona desolada, rocosa y estéril. Cerca de allí hay un monte que se conoce por sus cuevas, que tienen, no una, sino miles de aberturas que llevan a cientos de túneles que se extienden por kilómetros. Está llena de serpientes de agua y otras criaturas venenosas. Hoy día los guías no llevan turistas a ese lugar porque es el escondite favorito de ladrones y de terroristas. Lynn Anderson le llama al lugar «la cloaca del mundo». Este es el lugar donde David se estaba escondiendo cuando dijo: «Ni hay quien cuide de mi vida» (Salmos 142:4). Fue uno de los momentos de la vida de David en los que más deprimido se sintió.

Reiterando el punto de la lección: Si a David le salieron mal las cosas, también nos pueden salir mal a nosotros. Hace algunos años, un joven banquero, se le diagnosticó diabetes juvenil. Era (y es) un joven brillante, alegre dinámico y

atlético —y el diagnóstico lo golpe como una locomotora sin control. Estuvo deprimido y se comportó irracionalmente durante varias semanas. He aquí una ilustración de lo irracional de su comportamiento: Cuando miraba un juego de fútbol por televisión, comenzaba a llorar, decía: «Jamás volveré a jugar fútbol». Nunca había jugado fútbol en su vida, ni tenía intención de hacerlo alguna vez, pero eso no cambiaba las cosas. Se consideraba un lisiado, cuyos días de deportista se habían acabado. Con la ayuda del señor y apoyo de familiares y amigos amorosos, pronto recuperó y volvió a ser el mismo de antes. Ahora puede mirar en retrospectiva su reacción inicial, reírse, pero reconoce que por un tiempo actuó insensatamente.

Puede que creamos que nunca nos vamos a comportar irracionalmente si sobreviene el desastre, pero en realidad no lo sabemos. Sé cómo me gustaría reaccionar, cómo espero reaccionar, pero puede que no sea así del todo. Estoy diciendo esto para que no nos rindamos si al comienzo, cuando las cosas salgan mal, actuamos insensatamente. Entienda que le puede pasar a cualquiera —y entienda que con la ayuda de Dios, podremos salir adelante. David salió adelante, mi amigo salió adelante; usted y yo saldremos adelante también.

III. ACEPTÉ LA RESPONSABILIDAD QUE LE CABE POR SUS ACCIONES (22:1-23)

Aparentemente, el Salmo 142 fue compuesto la primera vez que David estuvo en la cueva de Adulam, pues 1^a Samuel 22 hace notar que David no estuvo solo mucho tiempo.

David huyó [...] a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres (22:1—2).

Dios primero le dio a David apoyo emocional. Le proporcionó su familia. «Sus hermanos y toda la casa de su padre [...] vinieron allí a él». No hay duda de que la familia de David también estaba en peligro por Saúl.

Después Dios le dio a David apoyo práctico. Le dio un trabajo que hacer. En lugar de estar sin hacer nada y sintiendo lástima de sí mismo, Dios le dio a David el desafío de organizar uno de los ejércitos menos probables que se pueda imaginar. El texto dice que tres grupos de hombres se reunieron en torno a David: los afligidos, los endeudados y los que se hallaban en amargura de espíritu. La palabra hebrea que se traduce por «afligidos» indica que este grupo había sido oprimido. Los «endeudados» eran los que no habían podido pagar los altos tributos que Saúl había impuesto; habían huido para no ser vendidos ellos ni sus familias para pagar la deuda. La palabra que se traduce por «afligidos» indica que este grupo había sido agraviado y maltratado y anhelaban que las cosas fueran diferentes. David no era el único que sufría; toda la nación estaba gimiendo bajo la carga del reinado de Saúl.

No eran hombres instruidos en las artes de la guerra. Era un grupo de revoltosos, muchos de los cuales es probable que no podían llevarse bien con nadie. (Más adelante leemos acerca de los «malos y perversos de entre los que habían ido con David». ¡En cierto momento, estos hombres quisieron incluso dilapidar a David!) ¿Cómo podría comenzar uno a moldear este grupo de inadaptados para convertirlos en algo que por lo menos se pareciera a un ejército? Yo no lo sé; lo que sí sé es que David aceptó el desafío que le presentó Dios. Pronto David estaba ocupado otra vez, activo en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Estaba construyendo la base de poder para su reino. Estaba cultivando la capacidad para dirigir, que le acompañaría durante todo su reinado. Cuando 2ª Samuel 23 habla de «los valientes de David», esto es lo que leemos: «Y tres de los treinta jefes descendieron y vinieron [...] a David en la cueva de Adulam» (23:13). Cuando David llegó a ser rey, su «consejo de ministros» se formó con los que había preparado y en quienes aprendió a confiar cuando pelearon juntos el uno al otro en el desierto.

Cuando las cosas salen mal, y actuamos insensatamente, una de las mejores maneras de hacer que nuestros pensamientos se enderecen es concentrarnos en los desafíos que Dios nos presenta —ocuparnos en ayudarles a otros y dejar de sentir lástima por nosotros mismos.

Por último, Dios le dio a David apoyo espiritual. 1ª Samuel 22:5 hace notar: «Pero el profeta Gad dijo a David: No te estés en este lugar fuerte; anda y vete a tierra de Judá. Y David se fue, y vino al bosque de Haret». En algún momento Gad se unió a las fuerzas de David y llegó a ser uno de sus asesores. Cuando ya David era rey, Gad fue su «vidente». Con el tiempo, Gad fue uno de los cronistas del reinado de David.

No fue sino hasta que la situación comenzó a mejorar para David, sin embargo, que él comenzó a ver las consecuencias de su insensatez. Un día que Saúl estaba sentado bajo un árbol en Gabaa, y que sus funcionarios más importantes le rodeaban, el rey se regodeaba en lástima de sí mismo. No hay quién «se duela de mí», decía (22:8). Doeg edomita estaba cerca. ¿Lo recuerda? Este fue el que David vio en el tabernáculo en Nob.) Doeg habló: «Yo vi al hijo de Isaí que vino a Nob, a Ahimelec hijo de Ahitob, el cual consultó por él a Jehová y le dio provisiones, y también le dio la espada de Goliat el filisteo» (22:9—10). Doeg no mencionó la renuencia inicial con que Ahimelec recibió a David, ni la mentira de este. Saúl una vez más perdió los estribos. Envío por Ahimelec y los demás sacerdotes e hizo que los mataran. ¡Después hizo que destruyeran toda la ciudad de Nob: hombres, mujeres, niños hasta los de pecho y los animales!39

Un sacerdote —Abiatar, hijo de Ahimelec— escapó. Abiatar vino a David y le dijo lo que había sucedido. Habría sido fácil para David culpar a otro por esta tragedia. Podría haberle dicho: « ¡Todo es culpa de Saúl! ¡Si él no hubiera tratado de matarme, jamás hubiera ocurrido esto!». O también podría haberle dicho: « ¡Si Saúl no hubiera reaccionado de manera exagerada, tu familia todavía estuviera

viva!». Incluso, podría haber culpado a Ahimelec, diciendo: «Si tu padre no me hubiera desafiado, yo no hubiera tenido que mentir». Hasta podría haber dicho: «No fue más que mala suerte. Es decir, si Doeg no hubiese estado allí, esto no hubiera ocurrido, ¿verdad que no?». David, no obstante, no culpó a nadie más y no dio excusa alguna. Con el corazón destrozado, dijo: «Yo sabía que estando allí aquel día Doeg el edomita, él lo había de hacer saber a Saúl. Yo he ocasionado la muerte a todas las personas de la casa de tu padre» (verso 22). En la NIV se lee: «Soy responsable de la muerte de toda la familia de tu padre». David no dijo: «Saúl es responsable», ni «Ahimelec es responsable», ni «Doeg es responsable», sino que dijo: «Yo soy responsable».

Cualquiera de nosotros podría actuar insensatamente cuando las cosas salen mal —pero eso no quiere decir que no seamos responsables de nuestra insensatez. En algún momento, pido a Dios, dejaremos que el Señor obre en nuestras vidas otra vez y volveremos a pensar rectamente. Cuando por fin llegamos a ese momento, seamos lo suficientemente sinceros y nobles para aceptar la responsabilidad que nos cabe por nuestras acciones; no culpemos a otros, ni la situación; aceptemos la responsabilidad personalmente. Es posible que tengamos necesidad de hacerle frente a alguien que hayamos herido, del mismo modo que David le hizo frente a Abiatar. Puede que tengamos necesidad de decir: «Lo siento, perdí la cabeza. Actué de modo algo insensato por un tiempo; no tengo excusa para lo que hice o dije. Espero que usted pueda encontrar perdón en su corazón para mí». No podremos salir adelante con nuestra integridad intacta cuando las cosas salen mal, mientras no aceptemos la responsabilidad que nos cabe por nuestras acciones.

IV. NO SE SORPRENDA DE QUE HAYA PERSONAS QUE LE FALLEN (23:1—29)

David había salido por fin de la cueva, una banda de seguidores lo rodeaba, pero eso no significaba que ya las cosas estaban saliendo bien. No pasó mucho tiempo para que David aprendiera la dura lección en el sentido de que cuando las cosas salen mal, hay gente que a menudo le falla a uno —gente a la que uno nunca le ha hecho daño, y a la que más bien uno puede haber ayudado.

Así comienza el siguiente capítulo: «Dieron aviso a David, diciendo: He aquí que los filisteos combaten a Keila, y roban las eras» (23:1). Keila era una ciudad israelita que se encontraba detrás de las líneas enemigas, lo que la volvía doblemente vulnerable a los ataques. Era responsabilidad de Saúl pelear contra los filisteos, pero él estaba desperdiciando el tiempo buscando a David en lugar de pelear contra el enemigo. La gente, por lo tanto, vino a David a buscar ayuda.

«Y David consultó a Jehová, diciendo: ¿Iré a atacar a estos filisteos? Y Jehová respondió a David: Ve, ataca a los filisteos, y libra a Keila» (23:2). El número de los hombres de David había aumentado a seiscientos, pero hasta donde se sabe, estos todavía no habían tenido experiencia en la guerra. En vista de que Keila estaba tras las líneas enemigas, ellos podían fácilmente acabar siendo rodeados,

con todas las vías de escape cerradas. Entonces «David consultó a Jehová» si debía entrar en batalla.

Hagamos una pausa para recalcar la importancia de la frase «consultó a Jehová». Recuerde que Abiatar había huido hasta David buscando protección después que Saúl mató a todos los demás sacerdotes. En vista de que Abiatar era el hijo del sumo sacerdote, y de que todos los demás sacerdotes estaban muertos, Abiatar era ahora el sumo sacerdote. David era ahora el protector del sacerdocio, situación que significó otro paso decisivo hacia el reinado.

Además, cuando Abiatar vino a David, él llevó el efod (23:6, El efod era una prenda sin mangas que se usaba sobre las vestiduras sacerdotales. Todos los sacerdotes vestían efod, pero había un efod muy singular; este era el que vestía el sumo sacerdote. Estaba relacionado con el Urim y el Tumim, que estaban en el pectoral del sumo sacerdote (cerca o debajo del pectoral). El Urim y el Tumim se usaban para conocer la voluntad de Dios. No se nos dice exactamente qué eran el Urim y el Tumim, ni qué apariencia tenían. Tal vez eran parte de las piedras que se describen en Éxodo 28. Tal vez eran piedras de color diferente que se ponían en un bolsillo del efod. Puede que se hayan usado de un modo muy parecido al de una moneda que se lanza al aire (excepto que el resultado lo determinaba el Señor, no el azar). Es evidente que se usaban para preguntas cuya respuesta era «sí» o «no».

Dios le estaba dando a David apoyo espiritual adicional: ¡Ahora tenía consigo al sumo sacerdote y el efod que contenía el Urim y el Tumim! Era de esta manera como David podía «consultar a Jehová».

A la pregunta de David en el sentido de si debía atacar a los filisteos, el Señor respondió con un «sí». «Fue, pues, David con sus hombres a Keila, y peleó contra los filisteos [...] y les causó una gran derrota; y libró David a los de Keila» (23:5). Después de poner a salvo la ciudad, David y su ejército acamparon en Keila, tal vez con el propósito de convertirla en la sede de ellos. Tenían todo el derecho de esperar que los ciudadanos los apreciaran y los protegieran. No pasó mucho tiempo, no obstante, para que Saúl se enterara de que estaban allí, e hiciera planes para perseguirlos. Ante esta situación David consultó nuevamente al Señor. Una de las preguntas fue: «¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí ya mis hombres en manos de Saúl?». El Señor respondió: «Os entregarán» (23:12).

¡La anterior información tuvo que haber dolido! He aquí una ciudad que David había librado —la ciudad estaba intacta; todavía tenían sus productos agrícolas y su ganado; sus familias estaban a salvo— y aún así estaban prestos a traicionar al que los libró. Tal vez habían oído que Saúl destruyó la ciudad de Nob y sabían que él no dudaría en destruirlos a ellos también si se ponían al lado de David, pero aún así era una píldora dura de tragar. David, no obstante, no tomó represalias. «David entonces se levantó con sus hombres, que eran como seiscientos, y salieron de Keila» (23:13).

David y su compañía se fueron después al desierto de Zif que estaba en Judá. Los de Zif procedían de la tribu de Judá, la misma tribu de la cual procedía David. ¡Ellos eran su propio pueblo! No hay duda de que se sentía a salvo allí. Una vez más, no obstante, David fue traicionado por gente a la cual nunca hizo daño, y a la que incluso tal vez protegió. Los de Zif fueron a Saúl y le dijeron dónde estaba David, y le ofrecieron entregar a David en las manos del rey. Fue sólo por la intervención divina que pudo escapar David. Algunos capítulos más adelante, los de Zif traicionaron a David otra vez.

No era la primera vez que David había sido traicionado, ni sería la última vez; pero no importa cuantas veces suceda, siempre dolerá. Es probable que usted sepa exactamente de qué estoy hablando. Uno deposita su confianza en alguien, en cuyas manos hubiera puesto hasta su vida. Luego esa persona traiciona la confianza, le falla a uno, y uno se llena de dolor.

Experiencias como estas nos refuerzan la idea de que nuestra confianza no debe depositarse en los hombres, sino en el Señor. Pablo, el luchador por la cruz cuyo cuerpo y espíritu estaban llenos de cicatrices, llegó a decir: «En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon [...] Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas [...]» (2ª Timoteo 4:16—17; énfasis nuestro).

V. DÉ GRACIAS POR LOS AMIGOS QUE NO LE FALLAN (23:15—18)

Los versículos 15 al 18 del capítulo 23 contrastan marcadamente con el resto del capítulo. Mientras Saúl andaba buscando rabiosamente a David para hacerlo morir, mientras los hombres de Keila y de Zif estaban prestos a traicionar a David, tenemos el breve relato de la visita que hizo Jonatán a David para «darle ánimo en Dios». Los amigos que estarán al lado de uno sin importar el costo que ello les signifique son muy contados. Si usted tiene un amigo así, dé gracias a Dios por él.

VI. ESTÉ CONVENCIDO DE QUE DIOS JAMÁS LE FALLARÁ (23:14, 25-26)

¿Cómo puede uno escapar cuando los recursos de toda una nación se han movilizad para destruirlo a uno, cuando todos los que lo rodean a uno, están ansiosos de traicionarlo? En 23:14 leemos cómo escapó David: «Y David [...] habitaba en un monte en el desierto de Zif; y lo buscaba Saúl todos los días, pero Dios no lo entregó en sus manos». David escapó de las trampas de Saúl, no porque fuera el más astuto o el más ingenioso fugitivo que jamás vivió, ni porque tuviera seiscientos hombres bien preparados para que lo protegieran, sino ¡porque Dios no lo entregó en sus manos»!

Examine detenidamente los capítulos que hablan de este período de la vida de David, y vea cuántas veces se dice o se da a entender que el Señor estaba con él.⁵⁶ Cuando David no tenía a nadie más a quién recurrir, siempre podía recurrir al Señor. Muchos de los Salmos de David se relacionan con este turbulento período de su vida. Note las palabras que introducen esos salmos:

Salmo 59: «Cuando envió Saúl, y vigilaron la casa para matarlo».

Salmo 56: «Cuando los filisteos le prendieron en Gat».

Salmo 34: «Cuando mudó su semblante delante de Abimelec, y él lo echó, y se fue».

Salmo 57: «Cuando huyó de delante de Saúl a la cueva».

Salmo 142: «Cuando estaba en la cueva».

Salmo 52: «Cuando vino Doeg edomita y dio cuenta a Saúl diciéndole: David ha venido a casa de Ahimelec».

Salmo 63: «Cuando estaba en el desierto de Judá».

Salmo 54: «Cuando vinieron los zifeos y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido en nuestra tierra?».

En los momentos de angustia, algunas personas llevan un diario que les ayuda a ver las cosas en su justa medida; David, en lugar de llevar un diario, ¡compuso cánticos!⁵⁷ En circunstancias en las cuales la mayoría de nosotros nos hubiéramos dejado vencer por la desesperanza, David expresó no solamente sus temores, sino también su fe, los cuales plasmó en el inolvidable género de la poesía. En el primer Salmo, que se atribuye a este período, David expresó su desconcierto:

Porque he aquí están acechando mi vida;
Se han juntado contra mí poderosos.
No por falta mía, ni pecado mío, oh Jehová;
Sin delito mío corren y se aperciben (Salmos
59:3—4a)

Después, no obstante, proclamó su confianza en Dios: ¡«Fortaleza mía, a ti cantaré; porque eres, oh Dios, mi refugio, el Dios de mi misericordia» (59:17)!

En el último salmo atribuido a este período, David clamó a Dios por la traición de que fue objeto por parte de los Zifeos. Dijo David:

Oh Dios, sálvame por tu nombre,
Y con tu poder defiéndeme.
Oh Dios, oye mi oración;
Escucha las razones de mi boca.
Porque extraños se han levantado contra mí,
Y hombres violentos buscan mi vida [...]
(Salmos 54:1—3).

¿Respondió Dios esa oración? Eche una mirada al final de 1^a Samuel 23. Después que los Zifeos propusieron entregar a David a Saúl, el rey les preguntó dónde se encontraba exactamente David, con el fin de evitar que David escapara otra vez. Guiado por los zifeos, Saúl y su ejército se dirigieron infaliblemente al lugar correcto. Pronto, Saúl estaba tras el rastro de David: «Y Saúl iba por un lado del monte, y David con sus hombres por el otro lado del monte, y se daba prisa David para escapar de Saúl; mas Saúl y sus hombres habían encerrado a David y a su gente para capturarlos» (23:26). El ejército de miles de Saúl estaba rodeando la montaña desde dos direcciones; David y sus seiscientos estaban en un aprieto en medio. Parecía como que no había manera de que David escapara. En ese

momento Dios intervino: «Entonces vino un' mensajero a Saúl, diciendo: Ven luego, porque los filisteos han hecho una irrupción en el país. Volvió, por tanto, Saúl de perseguir a David, y partió contra los filisteos» (23:27—28a). Es imposible que después de leer las anteriores palabras a la luz del versículo 14, uno diga que fue una casualidad, o que David tuvo suerte. Todo mundo entendió que Dios ayudó. Más adelante un monumento conmemorativo fue erigido en este lugar: «Por esta causa pusieron a aquel lugar por nombre Piedra de escape» (23:28b; NASB).

Por más tenebrosa que sea la noche, mantenga su fe en Dios. David, que comprobó en el desierto esta verdad, escribió: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Salmos 46:1). Subraye la palabra «pronto». Dios acude «pronto» en los tiempos de tribulación; Él está allí con uno en los problemas. Puede que no lo vea en el momento, pero manténgase cerca del Señor. ¡Dentro de cinco... diez... o veinte años, puede que usted mire en retrospectiva y vea claramente la mano de Dios! Agárrese del Señor; ¡Él no le fallará!

VII. NO SE LLENE DE AMARGURA

Podemos aprender muchos otros principios de la manera como David salió adelante cuando las cosas salieron mal. En la siguiente lección, estudiaremos los capítulos 24 al 26 en detalle, para ver cómo manejó David la venganza. Uno de los más grandes peligros de cuando las cosas salen mal es que nuestros corazones se llenen de amargura. Es importante impedir que «brote alguna raíz de amargura» en nuestros corazones (Hebreos 12:15).

VIII. PERDONE A LOS DEMÁS

La manera como se libra uno de la amargura es aprendiendo a perdonar. El desafío que tendremos en la siguiente lección, que lleva por título «Cuando el corazón dama por venganza», se podría resumir en estas palabras: «Quitense de vosotros toda amargura [y] sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros [...]» (Efesios 4:31—32).

IX. ENTIENDA QUE NADA ES PARA SIEMPRE

También le ayuda a uno el darse cuenta de que nada es para siempre, sea que salgan bien o salgan malas cosas. En la siguiente edición de La Verdad para Hoy, veremos que David llega a ser rey después de diez años de estar huyendo. Manténgase firme; las cosas no van a salir mal todo el tiempo. Podríamos detenemos en el análisis de estos y otros puntos —pero por el momento terminemos con una última recomendación sobre cómo salir adelante cuando las cosas salen mal:

X. ENTIENDA QUE NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Nunca se olvide de lo que dice Romanos 8:28; sujételo con fuerza: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados». Considere lo que Dios estaba haciendo en la vida de David durante aquellos tenebrosos días: Dios siguió moldeando a

David, preparándolo para que fuera rey. Cuidar de las ovejas fue su preparación universitaria, y huir para salvar su vida fue su preparación de posgrado.

No podemos conocer los designios y propósitos de Dios, pero es posible que Dios estuviera enseñándole a David a depender únicamente de El, por medio de quitarle cualquier otro soporte en el cual se pudiera apoyar. Hemos seguido a David y lo hemos visto perdiendo su hogar y el amor de Mical, viendo por última vez a Samuel, despidiéndose con lágrimas de su amigo Jonatán, siendo separado del tabernáculo de Dios. Oímos su lastimero clamor en el Salmo 142, cuando expresó: "Ni hay quien cuide de mi vida" (verso 4).

Note, sin embargo, los versículos que siguen en el Salmo 142. En el versículo 5, dice David: «Clamé a ti, oh Jehová; dije: Tú eres mi esperanza, y mi porción en la tierra de los vivientes». (Énfasis nuestro.) Puede que David hubiera perdido todo aquello de lo cual obtenía fortaleza, pero como todavía tenía a su Dios, elevó su voz a El, diciendo: «Escucha mi clamor, porque estoy muy afligido. Líbrame de los que me persiguen, porque son más fuertes que yo. Saca mi alma de la cárcel, para que alabe tu nombre» (versos 6—7a).

David concluyó el salmo con estas palabras llenas de confianza: «Me rodearon los justos, porque tú me serás propicio» (verso 7b; énfasis nuestro). El versículo 4 («ni hay quien cuide de mi vida») y el versículo 7 («me rodearon los justos») están separados únicamente por dos versículos en el texto, pero están a millones de kilómetros de distancia en sentimiento. ¡David se estaba elevando a un nivel superior de confianza en el Señor!

Estas lecciones son importantes para nosotros —y a veces somos tan obstinados que la única manera de aprenderlas es por medio de que el desastre sobrevenga en nuestras propias vidas también. Es probable que la única manera como aprenderemos a ser misericordiosos y a estar dispuestos a perdonar, es que primero alguien nos maltrate. Tal vez la única manera como aprenderemos a confiar completamente en Dios es perder todo lo que apreciamos. Cuando una persona del mundo lo pierde todo, esto es lo que dice: «Veo que no me queda más que suicidarme». Cuando el cristiano lo pierde todo, él eleva la mirada a Dios y Dios le dice: ¿Está vacía tu mano? ¡Qué bueno! ¡Por fin estás preparado para mis más grandes bendiciones!».

No estoy diciendo que deberíamos desear que las cosas salgan mal, ni que estemos ansiosos de que esto suceda. Estoy diciendo, más bien, que cuando las cosas salgan mal, la actitud con que reaccionemos va a determinar el resultado final. Podemos salir amargados o mejorados, hechos añicos o formados. Tratemos de mantener una actitud positiva cuando las cosas salgan mal, porque no hay mal que por bien no venga.

CONCLUSIÓN

Sea quien sea usted; las cosas pueden salirle mal. Los recuerdos inundan mi mente: Un anciano sentado en su sillón llora porque tiene serios problemas en su

matrimonio; los padres de una joven soltera se me acercan, y mientras observo el rojo del borde sus ojos, me dicen que está embarazada; los padres, abuelos y amigos de una familia se apretujan en una pequeña sala de espera de un hospital, esperando noticias acerca del bebé que cayó en una piscina; una piadosa mujer cristiana, llena de dolor, me dice que el hijo de ella es homosexual. Es posible que a muchos de ustedes les estén saliendo mal las cosas en este momento. Si así es, aprenda la lección de la experiencia que tuvo David en el desierto: Si hacemos todo lo que podemos y confiamos en el Señor, saldremos adelante. David salió adelante, y nosotros también podemos salir adelante.

cisnerosme@yahoo.com.mx <http://henrycis.net>